

LEZO HACE DOSCIENTOS AÑOS



J. Ignacio TELLECHEA IDIGORAS

Cada vez más englobado entre Pasajes de San Juan y Rentería se halla Lezo, haciendo así más verdadera aquella descripción de Guipúzcoa que hiciera Larramendi hace dos siglos y medio: un “pueblo continuado”. Sin embargo de sus tiempos a los nuestros las cosas han cambiado harto ¿A mejor?

Hace doscientos años Lezo contaba con 64 casas y otras 30 “germadas”: vacías o abandonadas. Además poseía 12 caseños, aunque sospechaba que en la antigüedad fueron más, por ejemplo en 1613 en que pagaban nada menos que doscientos ducados de diezmo. La explicación de tal merma está en la variación de sus términos concejiles, siempre a menos, a causa de la hegemonía donostiarra. El informe que utilizamos se inicia precisamente con un gran alegato:

Las sensibles y muchas veces repetidas persecuciones efecto del mortal odio que ha padecido de parte de la Ciudad de San Sebastián y su Justicia en Lugar del Pasaje en varias épocas, ya con prisiones ignominiosas, ya con pleitos largos y costosos, fuera de los continuos y frecuentes casos particulares de rigor, de injusticia y de opresión, y más que nunca en el día, como se sabe en el País, con escándalo público, se infiere bastante de las ejecutorias y documentos que acompaña; y también que en lo antiguo era el Lugar del Pasaje pueblo mucho más populoso, más respetable y de infinitas conveniencias respecto de este tiempo en que lastimosamente se mira abatido y sin substancia por las extorsiones, fuerza y violencia de la Ciudad, que, prevalida de sus crecidos fondos, ha promovido en estos tiempos infinitos litigios sobre puntos vencidos y ejecutoriados, de suerte que ya a causa de haber llegado al colmo su tiránica prepotencia, están los ánimos de los vecinos del Lugar exasperados y en peligro de propasar a unos excesos de resistencia y defensa, o bien a abandonar su Patria por no verse en algún lance improvisado entérmino de arruinarse y arruinar a sus familias”.

Si las causas eran discutibles, por pleiteadas, los efectos debían ser palpables. Eran días de decadencia.

* * *



La población iba en disminución. La falta de comercio e industria había obligado a emigrar; recientemente lo habían hecho 17 familias. Otro centenar de hombres se empleaban en viajes a Indias y Caracas: quedaban 417 habitantes en el casco urbano y 63 en los caseríos. En suma, algo más del medio centenar.

Había en el pueblo dos fuentes públicas de a dos caños. Tenía buenas canteras de piedra arenisca. Cosechaba trigo, maíz, alubia, castaña y manzana. Eran cosechas insuficientes, "con nombre de tal". No había industria o fábrica alguna, ni siquiera de material propio de los naos.

Por otra parte, el estado de la construcción de bajeles había caído en total decadencia. Era "el más deplorable", cuando podía ser el más floreciente. A mediados del siglo XVI se construían naos de 800 toneladas "en la plaza mayor, donde hoy se corren los novillos de Rentería, que está a la entrada del muelle". En 1762, con motivo de unas obras, se encontró junto a la plaza una escalerilla de 14 a 16 gradas que perteneció al astillero antiguo. Todavía en el siglo XVII se construyeron numerosos galeones. Avanzado el XVII se fabricó la Capitana Real de España en Basanoga, astillero de Rentería, y no pocos en 1754 que fueron los que llevó Aristeguieta a Indias. En 1719 se fabricaron los navíos del Rey y el *El Rubí* y *La Guipúzcoa* y otros barcos de 60 cañones. Y casi a fin de siglo se botaron el *San Fermín* y el *San Sebastián*, de 74 cañones, y fueron navíos del Rey. Rememorando viejas glorias se evoca el lugar como sitio de la principal construcción de navíos de la Armada Real. Pero luego... "¡Qué dolor ahora el ver que en baja mar no pueda llegar allí una canoa del tamaño de una artesa, por falta de agua!".

También pertenecía a la vieja tradición la tarea de la pesca de ballenas y los viajes a Terranova. En ellas se ocuparon desde principios del XVI hasta mediados del XVIII. Todavía vivían algunos de esos marineros en Fuenterrabía y en otros pueblos de la costa. Lezo contó con muchos capitanes, dueños de sus naves. La falta de comercio había acabado con la marinería. La extinción de las carreras de Flandes y de Andalucía, impulsó a buscar la carrera de Indias. A fines del XVIII Lezo no tenía una sola lancha empleada en la pesca, a pesar de la abundancia de merluza, besugo —preferido a la merluza—, de atún y bonito, según las temporadas. San Sebastián monopolizaba el comercio de pescado. Cuatro ancianos se dedicaban a la pesca del chipirón sin salir del bocal del puerto, pero todo el mundo miraba con desprecio y como poco útil el ejercicio de la pesca. Lezo sólo contaba con cuatro embarcaciones que servían para guiar en la entrada y salida del puerto. Algunos bateles, con dos mujeres —las famosas bateleras— se dedicaban a pasar, en tiempo de marea, de uno a otro lado del Pasaje. Los muelles con que todavía contaba eran, pues, de poco servicio.

Y sin embargo el volumen de subsistencias que necesitaba Lezo cada año era el siguiente, para su población, sin incluir la de los transeúntes:

2100	fanegas de trigo
4150	fanegas de maíz
300	quintales de carne
100	quintales de tocino
300	cargas de vino
6	barricas de aguardiente
7	quintales de chocolate
7	quintales de azúcar
40	quintales de abadejo
50	fanegas de habas
30	fanegas de alubias
90	quintales de aceite
30	quintales de grasa de ballena
20	quintales de sebo de velas.

No entraba en el cálculo la verdura. Mas lo dicho nos ayuda a precisar la dietética imperante, en la que descuellan el maíz y las habas.

Lezo dispuso de una iglesia, pero sobre ella se impuso el patronato del Cabildo de San Sebastián, originando estas terribles batallas. Un lezotarra residente en Indias, D. Ignacio de Arriola, donó 8.000 pesos y se hizo un plano de nueva iglesia en 1732, aunque se hizo nueva planta y más amplia en 1763, concluyéndose en 1774. Nada ayudó San Sebastián, aunque ejercía el derecho de patronato para el nombramiento de sus ministros. Había, además, una ermita en la Plazuela de la Torre, que la usaba el Alcalde Torrero, y en ese tiempo había además un párroco y dos capellanes.

Lezo disponía de un nuevo ayuntamiento, fabricado por el maestro José de Isasa, de Rentería, a su propia costa. Hasta su construcción había servido de Sala Capitular un salón separado que había bajo el techo de la iglesia, con la entrada por su centro.

A pesar de su pequeñez y decadencia, Lezo podía enorgullecerse de una nómina considerable de hijos ilustres, de las "tres clases", como dice pomposamente:

Mariscales de Campo	Ignacio de Arriola y F. Covarrubias
Brigadieres	Ignacio de Antía y Andrés de Lezo
Gobernadores (América)	Blas de Lezo, D. Lope de Yarra
Introd. de Embajadores	El Marqués de Ovieco. D. Blas de Lezo
Almirantes de Mar	Francisco de Sagastibar
Capitanes de Mar	Muchos en tiempos pasados
Generales de Mar	Francisco Diustegui, Miguel de Elorriaga, Ignacio de Mazola y Blas de Lezo, "terror de los ingleses, a quienes en Cartagena de Indias los derrotó del todo y con ignominia les precisó, a Esquadra y su tropa, a su retiro a la Gran Bretaña".
Constructores de nao	No hay nombre de los antiguos. En el siglo XVII y XVIII, Simón de Celarain y Simón de Arrieta; y D. Manuel de Aizpurua, Capitán de Maestranza de la Real Compañía de Caracas.

Lezo, finalmente, contaba con seis herrerías, un molino "germado". Sus únicos propios era la Casa Concejil, los derechos de peso de la alhóndiga, y una sisa sobre la carne y sobre bebidas. Elegía su ayuntamiento el 1 de enero.

En suma y de cara al siglo XIX Lezo era un modestísimo Lugar de Guipúzcoa con el gusanillo de haber sido más: "cualquier tiempo pasado fue mejor" en tiempos pasados. Los pueblos, como las personas, nacen, crecen y decrecen, a veces mueren. Hemos hecho una "instantánea" de Lezo hacia 1800.